

## Barandas y abismos

**U**n año antes de convertirme en estudiante de Arquitectura que aspiraba a ser diseñadora, fui a conocer la escuela, y recorrí esa casa con la ansiedad de quien proyecta en los espacios desconocidos un posible futuro, tratando de orientarme en los detalles para en caso de ser aceptada, volver con cierto desplante. En eso estaba cuando advertí una falla alarmante que echó por tierra mi entusiasmo: faltaban las barandas. La imagen de la terraza precipitada con atrevimiento sobre la avenida España y hacia el mar, para alguien como yo, imponía un desafío mayor de autocontrol. Quien sufre de vértigo sabe que enfrentado a la altura el cuerpo desobedece: flaquea haciéndose de lana o se rebela atraído por el abismo. Esta pesadilla de las formas ausentes, además de irrumpir en el patio, se repetía en torno a las escaleras (más tarde fui testigo de dos caídas por distracción a la fosa del casino).

Cuando en **1998** entré a primer año, para mi sorpresa aparecieron instaladas las barandas en la terraza, aunque se trataba de un modelo bastante singular y no menos inquietante que su falta: segmentos diagonales que se sucedían dibujando una especie de zigzag en el aire, cuya altura permitía el paso de un niño pequeño. (No me costaba nada imaginar hileras de guaguas gateando hacia el desfiladero). El horror a despeñarme en un momento de descuido me llevó a caminar con el cuerpo pegado a los muros de la casa, eligiendo los caminos interiores, en particular el pasillo rojo, siempre bien encerado, al que daban las salas más intimidantes: la de profesores y la (salita) de Alberto Cruz. Toparme con Alberto implicaba otro tipo de vértigo: un mareo asociado a la vergüenza, al pavor de quedar en blanco si él me hablaba.

Esa fantasía no prosperó hasta dos años después, cuando expusimos una serie de afiches sobre la obra de Godo publicada en los ochenta por el Taller de Investigaciones Gráficas. Libros con portadas en extremo sobrias que apenas contaban con un rasgo tipográfico que debíamos estrujar para conseguir una propuesta atractiva. Y Alberto fue invitado a esa exposición. Una vez que se presentó en la sala me di cuenta de que no era la única intranquila: el esfuerzo por hacernos invisible era colectivo. Observé los afiches un rato y luego paseó la mirada de un lado a otro, mientras la masa seguía ese gesto con la expectación de un ruletero. En ese caso, sus ojos se detuvieron en los míos para hacerme interlocutora de la única pregunta que lanzó. Tal como supuse, no entendí lo que me dijo y me vi balbuceando alguna cosa con nerviosismo, pero lo increíble es que no le importó, porque tomó cualquiera de mis palabras y la transformó en una respuesta correcta, precisa, liberándome de un excesivo respeto a lo que no se entiende como si en ello se arriesgara la inteligencia.

Roto el trauma, multipliqué las posibilidades, los saludos y los caminos.

Catalina Porzio de Angelis